

## Caput bífida

*Lizabeth Limón García*

He pisado la tierra, es húmeda y fría. El verde del pasto es compacto. Una niebla frágil nos cubre. A lo lejos puedo distinguir una montaña, a sus pies se encuentra en espera un ser monumental, plomizo. Su cabeza es alargada y dividida por una grieta terrestre, insondable, azabache. Se puede ver a pesar de la distancia. Mis pies confunden el paso, se apresuran al refugio, lejos de aquella imagen atroz y desafiante. El cielo se ha vuelto cercano y gris, sin distancia aparente entre aquel ser y su cima. A pesar de su quietud me incentiva el miedo. Este ser aguarda, no se dispersa, cada vez que vuelvo la mirada no se disuelve aquella imagen —quisiera que así fuera—. Las grietas de su fisonomía expulsan oscuridad, dolor, miseria y miedo. Estos seres que buscan entre el refugio son sus enviados, mientras él sigue aguardando al pie de la montaña. Los he visto a través de la mirilla de la puerta que aún ignoran. Su carne tiene lodo y son presencia incuria. Con pavor observo el desgaje de una doncella ante sus pesadas garras: de un zarpazo han vuelto tiras desnudas el frágil cuerpo. Aparto la mirada de tan leve resquicio y trato de no producir movimiento alguno, no es tan difícil después del impacto que produjo en mis entrañas tan desquiciante evento. En algún lugar de mi memoria mantuve oculto este recuerdo, ahora vuelve y lo observo. Manifestaciones nocturnas que entretejen lo oculto y silencioso del ánimo, que antes de darles palabra, no pueden estarse enteramente en lo ignorado. Imágenes codiciosas que piden el despertar antes de que ellos puedan encontrar la puerta.

### Profusión

Hay un ruido dentro detrás de mis oídos como cintas viejas de una terminada película. Se confunde con las gotas amontonadas de una precipitada lluvia, insistente y necesaria.

Me he mojado los ojos con no sé qué pensamiento, ha desbordado el manantial del manto secreto de mis memorias.

No quiero cargar con el peso del agua todos los días, tengo miedo de que sin razón se desborde en algún lugar inesperado, con las palabras menos pronunciadas y con el camino rojo de las cuencas de mis ojos, que se aparecen como marcas, señas de tormento.

Ninguna lluvia ha sido tan esperada como esta que cubre todo el silencio y se amontona por la ventana. Debo esperar, aprender a esperar la lluvia y dejarla inundar mi silencio.